

# Tom Burns Marañón

## Hispanomanía

con un Prólogo para franceses



Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

---

Tom Burns Marañón

Hispanomanía  
con un  
Prólogo para franceses

Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

---

# Índice

## PRÓLOGO PARA FRANCESES (QUE QUEDARON INJUSTAMENTE EXCLUIDOS DE *HISPANOMANÍA*)

I. Introducción . . . . .	13
II. En el principio fue la Puerta del Sol . . . . .	17
III. La Nación de Hombres Libres . . . . .	25
IV. La «exportación» del arte de España . . . . .	33
V. La rivalidad británico-francesa por el arte español . . . . .	45
VI. Gautier y la España romántica . . . . .	55
VII. George Sand y la España miserable . . . . .	65
VIII. Maurice Legendre y la España heroica . . . . .	75
IX. En el final se impuso la Casa de Velázquez . . . . .	87

## HISPANOMANÍA

Agradecimientos . . . . .	95
I. Mi familia, a modo de prólogo . . . . .	99
II. Gerald Brenan: La patria chica . . . . .	129
III. Ernest Hemingway: El último buen país . . . . .	165
IV. Wellington y Ford: España a través de un catalejo . . . . .	199
V. Blanco White y Borrow: Historias heterodoxas . . . . .	241
VI. 1830-1936: Ardor guerrero e imaginación poética . . . . .	285
VII. George Orwell: El último romántico . . . . .	321

VIII. Mis maestros, a modo de epílogo . . . . .	357
Ensayo bibliográfico . . . . .	385
Índice onomástico . . . . .	395

---

PRÓLOGO PARA FRANCESES  
(QUE QUEDARON INJUSTAMENTE  
EXCLUIDOS DE *HISPANOMANÍA*)

---

*Para Isabel Blancafort París y Rafael Borràs Betriu.  
Su larga amistad ha sido un don inmerecido.*

*Y como siempre, para Dolores, mi mujer.*

*Y gracias a Regino García Badel, a Agustín Gervás,  
a Robert Graham y a Richard de Willermin.*

*Y mi agradecimiento a Lidia Rey y a Joan Tarrida  
de Galaxia Gutenberg.*

---

## I

# Introducción

La publicación de *Hispanomanía* hace más de una década despertó bastante interés. Las reseñas fueron amables y entre quienes, a mi juicio, mejor entendieron lo que pretendía con un libro digamos «raro», porque mezclaba la autobiografía con el ensayo literario e histórico, fue Luis Antonio de Villena. A los autores les gusta decir que «pasan» de las reseñas. También presumen de ello otros como la gente del cine y del diseño.

Sé que esto no es verdad en lo que se refiere a los escritores. El que consigue publicar un libro gracias a la paciencia, al irrefrenable optimismo y a la generosidad de su editor, aguarda al crítico con ansiedad. Cuando un crítico sugiere algo muy sensato, toma buena nota.

En su reseña de *Hispanomanía*, publicada en el *El Cultural*, suplemento del periódico *El Mundo*, de Villena escribió que debería «completar [mi] *Hispanomanía* anglosajona con otra francesa». Tenía razón. Esto mismo es lo que, más o menos y de una manera algo heterodoxa, pretendo al aprovechar la reedición de un libro que me sigue gustando.

He introducido en el texto original, del cual no he querido tocar una coma, un ensayo que he llamado *Prólogo para franceses*. Titularlo así puede parecer una petulancia por la evocación que conlleva y requiere una explicación.

Por un lado el antecedente de este título me obligó a estudiar con todo el rigor que me es posible determinados episodios y personajes que me eran novedosos. Por otro, en este intento de enriquecer lo que en su día expuse en *Hispanomanía*, he querido reconocer la deuda que adquiere todo el

que se dispone a reflexionar sobre la España contemporánea con Ortega y Gasset y su generación.

Junto con amigos suyos, muy especialmente mi abuelo materno, don José recorrió España con la empatía, curiosidad y entusiasmo del auténtico viajero. En sus viajes «se comían el país a bocados». Y al igual que ellos, fue un buen conocedor de la literatura de los extranjeros que anduvieron esos mismos caminos. Según Gregorio Marañón, que fue experto en la materia, éstos llegaban a España provistos de anteojos que «indefectiblemente son de color negro o de color rosa».

En 1937, estando exilado en París, don José escribió un *Prólogo para franceses* para *La rebelión de las masas*. Este largo texto es una profunda meditación —«un ensayo de serenidad en medio de la tormenta»— sobre el barbarismo y el primitivismo que había analizado en la década anterior y, también, una apuesta por una civilización europea que respetase la individualidad de las sociedades que la componen. *La rebelión de las masas* es un texto básico en la historia de la ideas del xx y el *Prólogo* para la edición francesa es el mejor comentario sobre su tesis del hombre-masa.

Lo cierto es que este prólogo mío no pasa de ser un divertimento. He disfrutado escribiéndolo y espero que entretenga a sus lectores. No tiene pretensión alguna de formar opinión. Como mucho, aspira a provocar algún interrogante y despertar curiosidad por creencias y conductas pasadas que envuelven la *mirada* del francés hacia España.

Me he preguntado, en primer lugar, por qué quien cometi6 la imprudente impertinencia de invadir a su vecino consiguió mantener, a pesar de ello, una «conversación» con el agraviado que se prolongó en el tiempo. Lo normal hubiera sido la continuación de la bronca con el *gabacho* que se produjo el dos de mayo de 1808 en la Puerta del Sol de Madrid. Hubiera sido lo lógico teniendo en cuenta que la historia de España como nación, es decir como pueblo soberano, comienza con el levantamiento popular contra Napoleón, su hermano, sus mariscales y su tropa. La «conversación» que

mantiene España con la nación invasora contrasta con el diálogo de sordos que definió sus relaciones con el Reino Unido, la nación aliada.

En segundo lugar me he detenido en lo que acaso fue lo único positivo de la ordinariez que supuso el súbito derrumbamiento del antiguo régimen español por un poder extranjero. Gracias a la Guerra de Independencia y a la posterior quiebra de la sociedad española, salieron del país las muestras del genio artístico español que hasta entonces habían sido el secreto de palacios y de conventos. Me ha interesado mucho la rivalidad entre franceses y británicos por hacerse con las grandes obras de los maestros de la pintura española. Los franceses ganaron la partida, al menos en el corto plazo, lo cual es una muestra más de los continuados guiños entre dos pueblos vecinos que, en teoría, deberían de haber estado enemistados.

En tercer y último lugar he recuperado el patrón de *Hispanomanía* para fijarme en tres autores franceses, dos del XIX, Théophile Gautier y George Sand, y uno del XX, Maurice Legendre. Cada uno de ellos fue, a su manera, un perfecto *curioso impertinente* al tratar las *cosas de España*.

Hay muchos, muchísimos más escritores del país vecino que podrían figurar en este prólogo porque la tropa de franceses que recorrió España en los dos siglos pasados y opinó sobre ella es casi tan extensa como la anglosajona. Elegí a estos tres porque su *mirada* fue muy personal y distinta. Y también, porque creo que ayudan a entender los distintos tipos de «conversación» que han mantenido España y Francia.

---

## II

### En el principio fue la Puerta del Sol

En la entrega de sus *Episodios Nacionales* que recrea el Dos de Mayo de 1808, Benito Pérez Galdós nos presenta al listísimo Gabriel que se encontraba aquel día en las cercanías del Palacio de Oriente de Madrid preocupado por asuntos amorosos que le angustiaban. De pronto Gabriel se vio envuelto en una muchedumbre y se dio de bruces con su amigo Pacorro Chinitas que le explicó que los franceses estaban a punto de llevarse a los infantes.

Los *gabachos*, en el argot popular, ya habían trasladado a Bayona, la ciudad cercana a la frontera con España, al rey Carlos IV y a su primogénito y sucesor, Fernando VII, en quien había abdicado en un vano intento de tranquilizar a una masa crecientemente inquieta por la presencia francesa en España. Ahora, en una limpieza total de la familia real española, el poderío napoleónico pretendía llevarse a los jóvenes príncipes, a los infantes, y así dejar despejado del todo el trono de España para José Bonaparte, hermano mayor del emperador.

Gabriel escuchó el dramático relato de su amigo con fría indiferencia. Dijo que lo que podría estar ocurriendo en el Palacio de Oriente, sede de los soberanos españoles, le tenía sin cuidado puesto que lo único que le interesaba era reunirse con su novia. Chinitas entonces le increpó y sucedió el siguiente intercambio:

—Tú no eres español

—Sí que lo soy —repuse.

—Pues entonces, ¿qué haces aquí como un marmolillo? ¿No

tienes armas? Coge una piedra y rómpela la cabeza al primer francés que se te ponga por delante.

La arenga de Pacorro Chinitas era extensiva a todos los españoles, desde Gerona a Cádiz, pero en ese cuarto de hora el asunto estaba en la capital de España. Ser español era cascarle el cráneo al *gabacho* más cercano. Y los madrileños le hicieron caso, claro.

A pecho descubierto, con navajas, cuchillos de cocina y lo que se tuviese a mano, la muchedumbre se enfrentó en feroz batalla a la Carga de los Mamelucos, la caballería egipcia que escoltaba a Joachim Murat, cuñado y mariscal de Napoleón, que había ocupado la ciudad. Ocurrió en la Puerta del Sol, cercana al Palacio de Oriente y unida a él por la calle del Arenal, y la gesta está grabada en la memoria colectiva porque la inmortalizó Francisco de Goya y Lucientes. De la misma manera está esculpido en el recuerdo el posterior martirio de los patriotas porque Goya también se encargó de captar para la posteridad los Fusilamientos del Tres de Mayo en la montaña de Príncipe Pío, al oeste del Palacio.

Hace más de una década, cuando escribí *Hispanomanía*, intentaba acercarme a España desde *la mirada del otro*. El libro mezcla algo de autobiografía centrada en mi propio mestizaje anglo hispano con viajes por España y encuentros con amigos y, sobre todo, con bastantes lecturas a lo largo de los años. Lo que quise, y quiero, compartir en *Hispanomanía* es la *mirada* de un puñado de autores británicos y americanos que en distintos tiempos y por razones diversas se acercaron a la península y contaron sus vivencias. Sostengo en este libro que en la percepción de España que manifestaban los llamados *curiosos impertinentes* en el XIX y sus sucesores en el siglo pasado había más desinformación e idea preconcebida que otra cosa. Esta conclusión no es particularmente original.

Acaso fue, y es, más novedosa mi tesis de que los tópicos, pasados de unos a otros y reforzados de generación en gene-

ración, tuvieron nefastas consecuencias para la autoestima de muchos españoles y, en definitiva, para la imagen de España. El gran descubrimiento de que *Spain is different*, que es lo que repetían una y otra vez los *curiosos impertinentes*, fue entusiásticamente acogido por la España franquista como reclamo turístico. El entusiasmo se entiende porque la proclamación de que España se apartaba del canon de la normalidad servía para justificar un régimen que aborrecía la democracia liberal: una sociedad que es «diferente» puede, incluso debe, convivir en un marco político «distinto».

Más de una década después mantengo inalterado este juicio. En lugar de la ampliación y enriquecimiento que cabe esperar de una inmersión, por efímera que fuese, en otra cultura, lo que se produjo fue un desencuentro que en el mundo anglosajón sirvió solamente para robustecer prejuicios.<sup>1</sup>

He querido comenzar este *Prólogo para franceses* en una nueva edición de *Hispanomanía* con el Dos de Mayo para resaltar que la *mirada* va a ser, o debiera ser, siempre más compleja cuando el *otro* es tu vecino. Y por supuesto no un vecino cualquiera. Este vecino cometió la ordinariez y la impertinencia de invadir tu espacio. En este lance ocurrió que el vecino de este vecino intruso, el Reino Unido, acudió en tu ayuda con la consecuencia de que unos 40.000 británicos cayeron en lo que los ingleses llaman *The Spanish Peninsular War*.

Ahora bien, las cuantiosas bajas de británicos que lucharon contra el invasor napoleónico no evitaron un desencuentro entre España y los anglosajones. Por lo tanto, en el caso de los franceses cabía esperar un encontronazo. Lo que me parece tremendamente interesante es que esto es precisamente lo que no tuvo lugar. Y cabe preguntarse ¿por qué?

Si para ver bien las cosas es siempre conveniente ser un poco extranjero, es revelador el «afrancesamiento» a lo largo

1. *The Invention of Spain, Cultural relations between Britain and Spain 1770-1870*, David Howarth, Manchester University Press, 2007.

de dos siglos de la sociedad española, no en su sentido político sino en el de una comprensión amplia de lo francés, de una natural querencia hacia Francia y de una aceptación amable de la *mirada* transpirenaica. La *mirada* anglosajona provocó un diálogo de sordos pero la francesa dio lugar a una permanente conversación, si bien no de iguales. Lo normal hubiera sido un choque de trenes continuado en el tiempo.

No se produce una colisión, al margen de la violencia en el campo de batalla, a pesar de que se dieron todas las condiciones para que esto ocurriera. En primera lugar está el hecho de que la gesta del Dos de Mayo fue una proeza popular y que los fusilamientos del día siguiente fueron el martirio de un pueblo.

La insurrección sin duda sorprendió a Napoleón, que pensaba que unas gentes dominadas por curas iletrados serían presa fácil de una civilización superior y que incluso agradecerían ser liberados de tanta superstición e ignorancia. Los *philosophes*, encabezados por Voltaire, que nunca visitó España, habían creado la imagen de una «España indolente» siendo este un estereotipo heredado de la fantasiosa escritora del XVII Madame d'Aulnoy. Esta dama tampoco puso pie en España, lo cual no le impidió extenderse hirientemente sobre la decadencia hispana que «observó» durante una supuesta estancia en la corte del «hechizado» Carlos II<sup>1</sup>.

Lo que desconcertó al invasor francés, ciertamente reo de los clichés, de los estereotipos y, en definitiva, de *les idées reçues*, fue que el español era militante en lugar de indolente. Al contrario del «progresista» sentir político que existía entre parte de la nobleza y de los estamentos de las profesiones liberales para acabar con el antiguo régimen, entre el pueblo llano no había afrancesado alguno. Los muertos en la revuelta de la Puerta del Sol fueron, casi todos, gentes humildes.

El meticuloso historiador británico Ronald Fraser que hace años publicó *Sangre de España*, una estremecedora his-

1. *Los señores del poder*, José Varela Ortega, Barcelona 2013.



Goya, afrancesado a su compleja manera y obsesionado siempre por cobrar mucho y pronto, se pasó la ocupación napoleónica de Madrid retratando a José Bonaparte y su Alto Estado Mayor.

toria oral de la Guerra Civil, contabilizó en un reciente libro<sup>1</sup> hasta treinta oficios entre los heroicos combatientes caídos el Dos de Mayo en Madrid. Entre ellos había sastres, zapateros, aguadores, muchos criados con distintas responsabilidades y un número desproporcionadamente alto de mujeres, muchas de ellas costureras «armadas» con tijeras.

La historia está repleta de proezas populares que son violentamente aplastadas y vergonzosamente olvidadas. El levantamiento de un pueblo, en el mismísimo kilómetro cero de su nación, contra el invasor no debiera ser, sin embargo, un incidente pasajero: está llamado a ser el primer capítulo de una narrativa patriótica.

Lo primero –un incidente pasajero– fue lo que posiblemente pensaba Goya cuando en 1828 murió en Burdeos

1. *Napoleon's Cursed War, Popular Resistance in the Spanish Peninsular War*, Ronald Fraser, Londres 2008.

donde, viejo, sordo y torpe, se veía con los afrancesados Leandro Fernández de Moratín, Manuel Silvela, el historiador Pedro Sainz de Baranda y el banquero Juan Bautista de Muguero. En España reinaba el absolutismo y la flor y nata del liberalismo hispano, además de reunirse en Burdeos, estaba exilada en París y, sobre todo, en Londres. Al fin y al cabo en su último grabado de su serie *Los desastres de la guerra*, Goya nos muestra un cadáver que sale de su féretro con una hoja en la mano que lleva escrita la palabra «Nada». Afrancesado a su compleja manera y, por otro lado, obsesionado siempre por cobrar mucho y pronto, Goya se pasó la ocupación napoleónica de Madrid retratando a José Bonaparte y a su alto estado mayor.

Restaurado Fernando VII en 1814, Goya pintó los lienzos de la gesta y del martirio por encargo real para perpetuar «las más notables y heroicas acciones o escenas de nuestra gloriosa insurrección contra el tirano de Europa», según contaba el recientemente fallecido británico Nigel Glendinning, prodigioso estudioso de su obra. El telón cayó sobre Goya y sus amigos ilustrados cuando Fernando VII no tardaría ni diez años en recurrir a los franceses, a los «Cien Mil Hijos de San Luis», para acabar con el Trienio Constitucional que el golpe de Rafael Riego había hecho posible. A la vista de esta felonía se entiende que estos lienzos, pintados por encargo real, de la «gloriosa insurrección» no salieran de palacio. No fueron vistos por el público hasta que tuvo lugar otra «gloriosa», la de 1868, que exiló a Isabel II, hija de Fernando VII.

Pérez Galdós se inclinó por lo segundo –que el Dos de Mayo fue el primer capítulo de una narrativa nacional– aunque fue muy consciente de que el heroico y patriótico relato que comenzó en la Puerta del Sol tenía tantas sombras como luces. La gesta que protagonizaron zapateros y costureras marcó la aparición en el ruedo ibérico del Pueblo en Armas y con ella se pusieron muchos palos en las ruedas de un sostenible avance, liberal y modernizador, a lo largo del siglo XIX.

---

El claroscuro que enmarca la meditación de Galdós sería compartido, con mayor o menor lucidez, por muchas mentes regeneracionistas, y sugiere un segundo condicionante que debería convertir ese inicial combate entre madrileños y mamelucos del Dos de Mayo en un perdurable encontronazo franco-hispano. Ésta es una reflexión más bien de índole historiográfica.

Edición al cuidado de Rafael Borràs

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com  
Círculo de Lectores, S.A.  
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona  
www.circulo.es

Primera edición: mayo 2014

© Tom Burns Marañón, 2000, 2014  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014  
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: xxxxxxxx  
Depósito legal: B. 5416-2014  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15863-82-3  
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5808-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)